

La misma misteriosa sonrisa revoloteaba siempre en los labios de José.

— Entonces, dijo, mi pobre Luis, cuando tu corazón está triste y tu bolsa vacía, ¿te sientes capaz de todo!

— ¡Ay! sí, murmuró Jacquemin, y todas las promesas que os haga, mirad, no las cumpliré. Ya no hay nada aquí.

Y con su mano tendida, se golpeó reciamente en el pecho.

— Volveremos a poner alguna cosa, dijo José como hablando consigo mismo.

Luego prosiguió en alta voz:

— ¿Y si yo te pidiese, ¡yo! entiendes?... ya que estás triste y sin dinero, si te pidiese yo que me ayudases a un trabajo que necesita precisamente un instrumento seguro y sin escrúpulos, ¿a un rapto, por ejemplo?...

Luis miraba a José como pasmado. Jamás habría esperado de su parte una proposición de ese género. Pero la palabra *rapto* le explicó este misterio. Evidentemente, José conocía la promesa hecha a M. Gigant, y su proposición no tenía otro objeto que echarle en rostro tan indigna promesa.

— ¡Ah! vos lo sabeis todo, exclamó.

Ahora era el turno de José de hallarse atormentado. Pero entraba en su plan de dominación sobre el alma débil de Jacquemin, no parecer jamás sorprendido de nada.

— Tal vez, dijo. Hablemos de nuestro negocio. La joven de cuyo rapto se trata con un objeto que no te es necesario conocer, se llama Ursula Durand. Habita aquí cerca, calle Rambuteau, en casa de un tal M. Gosse.

Cada vez mas, estos pormenores precisos persuadían a Luis que José conocía su vergonzoso compromiso. Cogió las manos de su amigo entre las suyas y exclamó sollozando:

— ¡Perdon! ¡perdon! ¡Sí, habia prometido!... Estaba borracho, estaba loco. Pero os juro que no lo haré.

— ¿Tú habias prometido? dijo José, no sin una mezcla de sorpresa.

— Si, continuó Jacquemin. Deben llevársela esta noche, atraerla a casa de un tal Chinela, cuya hija cuida ella.

— ¡La Pippione! murmuró José.

— ¡Ah! bien se vé que sabeis todo. Pero habeis llegado a tiempo. Comprendo la infamia de la promesa que me he dejado arrancar; pero os juro que haré abortar su plan.

José reflexionaba.

— M. Gigant habia tomado la delantera, se dijo. En efecto, llego a tiempo, por fortuna.

Luis Jacquemin continuaba sus protestas charlatanas. José le hizo callar con un gesto y le dijo:

— Cuéntame, palabra por palabra, ¿cómo está combinado el plan de ese rapto?

— No sé, dijo Jacquemin, mas que lo que me concierne a mí, y a Chinela.

Se debe hacer de manera que la joven se vea obligada a pasar la noche cerca de la Pippione; yo debo estar a media noche en el umbral de la puerta: un coche de alquiler estará a algunos pasos de allí esperando; Chinela me traerá la

jóven dormida — ¿por qué medio? no lo sé; — pero le será tanto mas fácil traérmela sin ser notado, cuanto que en la casa no hay conserje. Desde este instante el negocio es mio; yo debo ponerla en el coche y montar cerca de ella para retenerla é impedir que grite en caso que despertara. En cuanto al punto a donde debe conducirnos el coche, lo ignoro.

Por lo demas, es inútil que machaque sobre todo eso ahora, pues mi firme resolución es no seguir mi consigna.

— Al contrario, repuso José, la seguirás.

— ¿Cómo? exclamó Jacquemin atónito.

— La seguirás hasta el coche exclusivamente.

— ¿Dónde se encontrará ese coche?

— En la esquina de los Mercados. Allí hay siempre coches detenidos delante de las fondas donde se cena.

— Bueno.

— Habrá pues otro coche a algunos pasos, en la dirección contraria de la calle. Se vigilará. Tan pronto como la joven esté en tu poder, el coche se dirigirá hacia tí, y el cochero te gritará:

— ¿Un coche, caballero?

— ¿Y luego? preguntó Jacquemin.

Y luego, la consigna queda la misma: montarás en otro coche y nada mas.

Y al ver que Luis parecia vacilante:

— ¿Con que es cosa convenida? preguntó José.

— Oídme, M. José, contestó Jacquemin, que se habia puesto muy sombrío durante el final de la conversacion, yo no soy muy escrupuloso, ya lo sabeis, puesto que esta promesa que vacilo en haceros, la he hecho a otro una hora antes; pero ved, yo me he acostumbrado a consideraros, a vos, como un ser a parte, una especie de santo extraviado entre esas malas bestias que se llaman hombres. Por malo que uno se haya hecho, M. José, se siente en el fondo del alma la necesidad de venerar y respetar a alguien ó alguna cosa. A vos os habia escogido para eso, pues siempre os he visto tan fuerte, tan recto, tan compasivo, que he llegado a creerlos infalible, como Dios.

— ¿Y qué?

— Hé ahí por qué me apesadumbra el veros mezclado en semejantes historias. Trabajar en esta sucia tarea con un pillastre que no vale mas que yo, es posible; pero ¡con vos! eso me causa alguna cosa... eso me molesta, eso me... en fin, me parece que lo poco bueno que tenia todavía en el alma se pierde al mismo tiempo que disminuye la estimación ilimitada que os habia consagrado.

— ¿Cuándo yo te decia que todo buen sentimiento no estaba extirpado en tu corazón, exclamó José, y que se trataba solamente de soplar en ese brasero para hacer salir la llama pura de tu probidad nativa! Anda, no temas nada, Luis mio, la obra para la cual te comprometo es una obra de bien. Se trata de frustrar los proyectos de M. Gigant y cómplices. Lo que te digo que hagas, Jacquemin, puedes ejecutarlo sin remordimiento; ¿y quién sabe?... Te habia prometido una recompensa muy grande, la labor de esta noche te prepara quizás una muy grata.

Anda, Luis mio, cree en mí, ayúdame, corresponde a los esfuerzos que hago incesantemente para tu rehabilitación, y, al devolvarte tu madre, quizás pueda decirte: — Luis, has reconquistado mas, — has reconquistado a Celina.

— ¡Celina! exclamó Jacquemin, Celina ha muerto.

— ¡Quién sabe! respondió José con esa misma sonrisa misteriosa y dulce que le era habitual.

— ¡Qué importa! dijo Luis. Lo que yo hago es por vos, y desde el momento en que me aseguráis que no hay nada de malo...

— Te lo juro, repuso gravemente José.

— Entonces, replicó Jacquemin, obedeceré.

En la primera pieza, Clemente estaba bebiendo su tercera copita de rosoli con agua.

— Ya era tiempo, le dijo José al reunirse con él, y mañana sin duda hubiera sido demasiado tarde.

— Entonces, preguntó Clemente, ¿es esta noche?

— A media noche en punto. Se trata de proporcionar un coche de alquiler y un cochero.

— Ocupate del coche, en cuanto al cochero...

— ¿Lo tienes?

— ¡Oh! respondió Clemente con una risa franca, ya sabes que uno es industrial; yo conduciré tan bien como otro, y en tal negocio, no es menester tener confianza mas que en sí mismo.

— Entonces, hasta las doce de la noche.

— Hasta las doce.

II

LA FAMILIA GOSSE.

Ha llegado el momento de presentar mas particularmente a nuestros lectores dos personajes que solo han podido entretener en la primera parte de esta relacion.

M. y madama Gosse, tutores interinos de Ursula, habitaban en el cuarto piso de una casa de la calle Rambuteau.

Encima de su morada no habia mas que bohardillas, la una ocupada por la pobre familia Chinela, y otra por nuestro amigo José.

La vivienda de los esposos Gosse era la de los pequeños rentistas: una antesala estrecha y oscura, un comedor amueblado de nogal, un cuarto con alcoba, que madama Gosse llamaba orgullosamente el salon, y al lado de la cocina un gabinete oscuro donde dormia Ursula. Esto era todo.

M. Gosse, cuya levita azul, sombrero pardo y grueso baston, conocia hasta el último pillete del barrio, permanecia instalado todo el día en su cobacha de escribiente memorialista, cerca de San Eustaquio. Respecto de su esposa, habia renunciado años hacia a su profesion de partera; vivia con la rentita que le daban sus ahorros, y se regalaba comiendo golosinas.

Estas golosinas campeaban por su respeto en uno de los estantes del aparador, representadas bajo la forma de tarros y frasquitos con sus rótulos respectivos y multicolores en los que se leia: « cerezas en conserva, curazao, limoncillos en dulce, perfecto amor, etc., etc. »

— Esto restaura el estómago, decia la buena señora. Y Dios sabe cuántas veces por día sentia su estómago débil.

¿De dónde provenian todos estos regalitos y estas rentas? Las comadres del barrio, envidiosas, se inquietaban mucho por saberlo, y no habian podido conseguirlo, por lo que no daban a aquella fortuna misteriosa sino una explicación humillante para M. Gosse.

Se hablaba, entre estas excelentes vecinas, de un señor grueso, bien conservado, envuelto en un ancho gaban castaño, muy finchado, en una palabra, que parecia escoger con preferencia, para las horas de sus visitas a madama Gosse, aquellas en que « el lobo querido », como llamaba ella a su marido, estaba retenido en su covachuela de escribiente memorialista.

Habladorias de comadres. La virtud de madama Gosse, bajo este aspecto, era inmaculada; las guindas con aguardiente y el anisete eran sus únicas flaquezas bien conocidas, y si M. Gigant iba de tiempo en tiempo a visitar a madama Gosse sin anuencia de su marido, era meramente para hablar de negocios con ella.

¿Pero qué negocios podia tener madama Gosse con M. Gigant?

Las vecinas recordaban todavía muy bien que sus primeras visitas habian coincidido con la época en que madama Gosse renunció a su profesion de partera. Tambien estuvo por aquel tiempo ausente durante algunos meses, volviendo despues con un bello angelito en los brazos, muy bien envuelto en ricos pañales.

Era, decia ella entonces, « la hija de una gran señora que estaba encargada de criar, — que algun día aquella niña la haria rica », y otros cuentos por este estilo capaces de hacer dormir de pié.

Las vecinas aparentaban creerlo, pero como las visitas de M. Gigant se habian hecho casi regulares, no se ocultaban para reirse y para hacer mil muecas significativas al pasar M. Gosse.

Y de repente, cuando ya la niña habia crecido, desapareció segun habia llegado, súbitamente, y el visitante con gaban castaño con ella.

Posteriormente, al cabo de algunos años, se volvió a ver al visitante desconocido, madama Gosse habia hecho otra nueva ausencia, de donde volvió con Ursula, y desde este regreso, M. Gigant no dejó pasar un día sin venir a visitar a madama Gosse.

Solamente, como madama Gosse habia envejecido, y sus buenos carrillos redondos se habian llenado de manchas, gracias al anisete y demas licorcillos, las buenas vecinas atribuian estas visitas no ya a madama Gosse, sino a Ursula.

Inútil es decir que esta nueva interpretación de las comadres era tan errónea como la primera.

M. Gigant pensaba tan poco en atentar a la virtud de Ur-

sula, como no había pensado jamás en comprometer la de madama Gosse.

Ahora bien; en la hora misma en que hemos dejado á José en conversacion con Jacquemin, las caritativas comadres, amigas de madama Gosse y de sus botellas de matices diversos, manifestaban la mayor emoci6n; se habian formado grupos en el pasillo, al pié de la escalera, en la puerta, por todas partes. Es que acababa de pasar un hecho inaudito en los fastos de la casa. El hombre de gaban castaño habia subido á casa de madama Gosse á una hora que no acostumbraba, y segun toda probabilidad, al volver de su covacha, el «lobo adorado» iba á encontrarse con él.

¿Qué iba á decir el «lobo adorado»? ¿Qué iba á hacer el hombre de gaban castaño?

La curiosidad exasperada habia llegado á su colmo, y mucho mas aun, cuando se vió venir, á la hora regular como un reló, á M. Gosse, con el sombrero marcialmente echado sobre la oreja, con el baston tendido hácia adelante, tarareando y una sonrisa satisfecha en los labios, volver la esquina de la calle, entrar por la puerta de la casa y subir los escalones uno á uno, haciendo sonar su baston en cada tramo. — Cada uno de estos movimientos sucesivos fué acompañado por un suspiro de angustia de las buenas vecinas, y cuando el ruido de su paso se amortiguó en las partes superiores de la espiral de la escalera sombría, entonces fué un delirio, pataleos de impaciencia y de alegría, — ¡pues ya se ve! — iban á presenciar una escena, á asistir á un espectáculo gratis, á coger *in fragranti* á esa dama Gosse, tan altanera con sus rentas y su anisete.

Cierto es que algunos clamaban en su favor, y afirmaban timidamente que madama Gosse era una vecina complaciente, y sus licores excelentes, pero en seguida, sofocadas sus voces por haberse atrevido á defenderla, se callaban muy pronto ante el murmullo indignado de las virtuosas comadres. — Se le compadecia á ese pobre querido M. Gosse, «que no tenia mas malicia que un carnero.» — «Ya era tiempo que ese escándalo, indigno de una casa honrada, se acabara.» ¡Qué sé yo! — Era un concierto unánime que, apuesto, se habria vuelto bien pronto contra el «lobo querido», si madama Gosse hubiese distribuido oportunamente un gran frasco de rosoli.

Ahora bien, cinco minutos, diez minutos se pasaron, sin que ningun ruido, indicio de una disputa, bajara de los pisos superiores. Reinaba ya el silencio; pero con la cabeza tendida, se escuchaba siempre en balde. En fin, una puerta se abrió, un paso fuerte resonó en las gradas, y el de un baston retumbante en las tablas sonoras: no quedaba duda, M. Gosse bajaba, y bajaba solo.

Descendia en efecto el buen hombre, siempre risueño, impasible, con su sombrero pardo inclinado á un lado de la cabeza, teniendo su baston perpendicular, tan tranquilo, en una palabra, como si no hubiese encontrado en su domicilio al menor visitante con gaban castaño, ó como si esta salida fuera de sus costumbres no hubiese sido un acontecimiento excepcional en su vida.

Esta vez la curiosidad frustrada se volvió en rabia. —

¿Para qué, os lo pregunto, interesarse por un marido tan pacífico? — No tenia, bien mirado, sino lo que merecia. — Las vecinas irritadas no se muerden la lengua, os lo aseguro.

Pero sin hacer el menor caso de los cuchicheos, de las miradas solapadas, de las risitas irónicas que le saludaban al pasar, M. Gosse atravesó imperturbable los grupos, así como el paso de la puerta, torció la direccion en la esquina de la calle, y fué tranquilamente (acontecimiento aun mas sorprendente que todos los demas) á sentarse en la delantera de un café.

Sí, M. Gosse se sentó en la delantera de un café, y lo que mas es, hizo gasto.

Cuando un chiquito, encargado por las vecinas de espíar los hechos y gestos de M. Gosse, vino á referir esta estúpida noticia, fué recibido con un asombro silencioso. Ciertamente, sabíase largo tiempo hacia que en su casa el «lobo querido» estaba muy distante, como se dice, de llevar los calzones; pero retirarse discretamente para dejar á su mujer en una conversacion confidencial sospechosa, y vender su dignidad por el precio de una taza de café, hé ahí lo que traspasaba todos los límites, ¡aun en un Gosse!

Dejemos á las comadres desahogarse con suposiciones y geremiadas gratuitas, y subamos los cuatro pisos de la vivienda de los Gosse. Encontraremos allí, sentados á la mesa del comedor, con los codos apoyados en ella y un frasco de elixir destapado entre los dos, á la ex-partera y á nuestro antiguo conocido M. Gigant.

Su conversacion es sin duda importante, pues, aunque solos, hablan en voz baja, y madama Gosse se habia levantado al principio de ella para cerrar la puerta que habia quedado abierta.

M. Gigant habla pausadamente como hombre seguro de su negocio, y madama Gosse hace de vez en cuando una objecion tímida, casi en seguida refutada.

En este mismo momento, las vecinas, paradas en la sombra del corredor, acechan la vuelta de M. Gosse, con la esperanza siempre de presenciar una disputa ó un escándalo.

M. Gosse sube, se detiene en la meseta del cuarto piso, y llama timidamente.

— ¡Es Gosse! exclama la antigua partera.

M. Gigant ni aun se ha estremecido.

— Ya sabeis, mi querida señora, dice M. Gigant, que así por vuestro interés como por el nuestro, vuestro marido no debe saber nada de nuestros secretos.

— ¡Pobre corderito, exclamó madama Gosse. — ¿Y qué haria, ¡Dios mio! de nuestros secretos?

Y entreabriendo la puerta de entrada:

— Estoy tratando de negocios serios, mi lobo adorado, vuelve dentro de una hora; ahí tienes treinta sueldos para que tomes otra taza.

Y hé ahí cómo, por primera vez en su vida, el lobo adorado fué al café é hizo gasto.



El matrimonio Gosse.

III

LOS ESCRÚPULOS DE MADAMA GOSSE.

Razon tenia ademas M. Gosse en mostrar confianza absoluta en su costilla, pues era una gran mujer de gobierno madama Gosse.

Gracias á ella, á ella sola hasta el dia, la casa habia marchado sin embarazo; no era, en efecto, el salario de las copias del escribiente memorialista lo que hubiera podido hacer correr esos torrentes de perfecto amor y esos numerosos frascos de cerezas.

Sin embargo, preciso es confesarlo, en un sentido las co-

madres tenian razon, y la fortuna relativa de la familia Gosse era debida por entero al hombre del gaban castaño, es decir, á M. Gigant.

La ex-partera era uno de los muñecos que hacia bailar á su antojo este formidable director de maniquis; era una de las ruedas mas ínfimas, verdad es, pero al mismo tiempo una de las mas necesarias de sus combinaciones.

La conversacion de Fritz, del doctor y de M. Gigant en la oficina del arrabal Montmartre, nos ha hecho entrever ya el papel que estaba destinada á representar en el plan tenebroso de los tres cómplices.

Era ella quien, en los primeros tiempos, habia estado encargada de educar ócultamente á la niña Liliás, y llegado el dia, con ella se contaba tambien para establecer jurídicamente el estado civil de dicha niña.

La informacion de la paternidad está vedada, pero no la de la maternidad. Como hija de la señora de Puysaie, nacida durante el matrimonio, Liliás llegaria á ser, muy natu-